

The logo consists of the letters 'IAB' in a bold, blue, sans-serif font. The 'I' and 'A' are connected, and the 'B' is separate.

Interdisciplina en
Anorexia y Bulimia

“Perspectiva de género en anorexias y bulimias”

Liliana Mato

Son numerosos los trabajos que vienen destacando desde hace mucho tiempo la importancia de los factores socioculturales en el desarrollo de anorexias, bulimias, vigorexias y distintas obsesiones con la imagen corporal. También son incontables las investigaciones que comprueban la mayor incidencia de anorexias y bulimias en mujeres, así como el significativo antecedente de abuso sexual en la primera infancia en muchas de ellas. Al mismo tiempo estas investigaciones evidencian que los cuadros de vigorexia predominan en varones. Además no son pocos los estudios que señalan la mayor incidencia de autolesiones en mujeres. El bullying ocupa un lugar destacado en las estadísticas como factor desencadenante en todos estos fenómenos clínicos.

Tanta bibliografía existente tanto a nivel nacional como internacional merece una relectura desde la perspectiva de los estudios de género.

Los datos ponen de manifiesto cuestiones centrales a considerar tales como: los modelos hegemónicos de belleza y las lógicas a las cuáles responden; la naturalización de la violencia y los abusos sexuales, así como también la clínica de las autoagresiones que evidencia diferentes procesamientos de la agresividad en hombres y en mujeres.

La tormentosa obsesión cotidiana de ser cada día más flaca empuja a realizar dietas rigurosas, conteo de calorías,

horas extenuantes de actividad física, a veces uso de laxantes y/o diuréticos. Esta férrea disciplina responde a la convicción de que un peso muy bajo logrará mayor reconocimiento y aceptación de parte de los demás, en definitiva, el adelgazar aparece en el imaginario como el camino seguro para lograr más amor y felicidad.

Otras obsesiones sobre la imagen corporal consisten en lograr cuerpos musculosos, logrando un aumento cada vez mayor de masa muscular, aún por métodos de riesgo. La obsesión por aumentar cada vez más la masa muscular, recurriendo compulsivamente tanto a agotadores entrenamientos en el gimnasio como a la ingesta de esteroides anabólicos afectando la vida de trabajo y de relación, se nombra como vigorexia por algunos autores, como dismorfia muscular por otros, pero todos coinciden en que predomina en varones. Estas manifestaciones clínicas están ganando cada vez más atención por parte de investigadores interesados en la epidemiología del comportamiento alimentario y algunos sugieren que la dismorfia muscular puede ser el equivalente masculino de la Anorexia Nerviosa. (Mitchison,D 2015).

Si bien la mayor presión sobre la imagen recae en las mujeres, podemos decir que las obsesiones con la imagen corporal ya no son un tema exclusivo de ellas. Por el contrario el culto al cuerpo se ha convertido en un objeto de consumo más con una industria multimillonaria detrás

que vende múltiples opciones para lograr cuerpos, desde una lógica binaria, extremadamente delgados para las mujeres, extremadamente musculosos para los hombres y siempre jóvenes para ambos. Imágenes ligadas a un imaginario de éxito y poder. En el mercado se ofrecen diversos y múltiples tratamientos, medicamentos adelgazantes, anabólicos, proteínas artificiales. Las revistas de moda exponen cuerpos que se reinventan a sí mismos con cada vez más opciones de cirugías plásticas y el Photoshop hace el resto.

Bajo la perspectiva de género es preciso también revisar el tema de las autolesiones. Éstas son más frecuentes en mujeres mientras que en varones es un fenómeno secundario. Es decir, los varones tienden a recurrir a estas conductas en circunstancias especiales, cuando sus modos habituales de regular la frustración y la tensión, como el alcohol y las peleas, están bloqueados.

Muchas publicaciones establecen un aumento de autolesiones en casos de Anorexia y Bulimia Nerviosa en los últimos años y la mayor incidencia es en mujeres. (Lindvall Dahlgren, 2017).

El contexto cultural al que tanta referencia se hace en prácticamente todos los estudios e investigaciones, tiene que ver con patrones hegemónicos de belleza establecidos que proponen un cuerpo extremadamente delgado, frágil casi aninado en la mujer y uno fuerte,

forzudo y musculoso en exceso para el varón. Modelos que responden a la lógica de una sociedad patriarcalista, en la que subyace una dialéctica de dominio y sometimiento.

Los resultados que señalan la mayor incidencia de anorexias, bulimias y autolesiones en mujeres debemos pensarlos no en relación al sexo sino al género. La construcción de lo femenino y masculino dentro de esta lógica binaria, es una construcción simbólica que establece características diferentes para uno y otro. Se construyen así patrones de cómo deben ser los cuerpos, los roles socialmente pautados para uno y otro, los modos de manifestar tensiones y exhibir la agresividad.

Cuerpos, belleza y diversidad

En su libro “Historia de la belleza”, acompañando bellísimas imágenes de obras de arte de todos los tiempos, Umberto Eco sostiene: “Este libro parte del principio de que la belleza nunca ha sido algo absoluto e inmutable, sino que ha ido adoptando distintos rostros según la época histórica y el país: y esto es aplicable no solo la belleza física (del hombre, de la mujer, del paisaje) sino también a la belleza de Dios, de los santos o de las ideas...”

La belleza, mantiene el sesgo de su época, siendo una construcción histórica determinada por múltiples factores socioculturales y económicos.

Las obsesiones por el cuerpo y la imagen corporal, sumado a las cuestiones psicológicas individuales de cada caso en particular, responden a una determinada construcción cultural de belleza. Se genera así una suerte de violencia simbólica, naturalizada, que conlleva a un sometimiento que no mide consecuencias en aquellos cuerpos que no responden a la “norma”.

El cuerpo de la anoréxica podemos decir que es el paradigma del cuerpo femenino expuesto como terreno de explotación y a la vez de resistencia.

El “cuerpo” y los análisis acerca de la sexualidad, la procreación y la maternidad se han puesto en el centro de las distintas corrientes feministas y también han ocupado

el centro de las reivindicaciones.

Partimos de concebir estas cuestiones como “una política del cuerpo”, poniendo de manifiesto las estrategias y la violencia por medio de las cuales los sistemas de explotación han intentado disciplinar y apropiarse del cuerpo femenino. Los cuerpos de las mujeres han constituido los principales objetivos para el despliegue de estrategias de dominio y relaciones de poder.

El cuerpo, discursos hegemónicos y relaciones de poder

Silvia Federici plantea una crítica a la teoría del cuerpo de Michel Foucault, en el sentido que si bien le reconoce el hecho de haber desarrollado un análisis exhaustivo sobre las técnicas de poder y las disciplinas a las que el cuerpo se ha sujetado, le cuestiona el haber ignorado el proceso de reproducción; funde las historias femenina y masculina en un todo indiferenciado y se desinteresa por el especial “disciplinamiento” de las mujeres. También le cuestiona el hecho de no hacer mención a uno de los ataques considerados más monstruosos contra el cuerpo de las mujeres que haya sido perpetrado en la era moderna: la caza de brujas.

En las últimas dos décadas, la biopolítica se constituyó como un ámbito de discusión ineludible del pensamiento contemporáneo en las obras de Giorgio Agamben, Roberto Esposito, Nikolas Rose, Agnès Heller, entre otros. En la biopolítica se cifra, por lo demás, el problema de la

diversidad: de formas de vida, de modos de conducir el cuerpo y la salud y de intervenir sobre el conjunto de los fenómenos vivientes incluyendo el significativo impacto global que las actividades humanas están teniendo sobre los ecosistemas en general y el medio ambiente en particular. (Foucault, Michel (1996).

En la línea de los múltiples estudios que vienen teniendo lugar sobre la temática de la diversidad, me interesa destacar las nociones y vinculaciones que realiza Judith Butler en torno a las categorías de performatividad y precariedad en relación a los cuerpos.

En 1993 Judith Butler publica *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (*Bodies that matter: On the Discursive Limits of "Sex"*), libro en el que se propone problematizar sobre la materialidad de los cuerpos. En esta obra continúa con nociones que ya venía desarrollando sobre la performatividad: reflexiona sobre el género y su construcción a través de las relaciones de poder y las restricciones normativas que se producen y regulan los diferentes seres corporales y los modos en que opera la hegemonía heterosexual para articular cuestiones sexuales y políticas. Propone la noción de precariedad, vinculada a aquello que políticamente induce una condición por la que cierta parte de la población sufre la carencia de redes de soporte social o económico, quedando marginalmente

expuestas. La precariedad queda vinculada a la extrema vulnerabilidad y a la noción de "reconocibilidad". El sujeto necesita para su existencia el reconocimiento de los otros y los discursos hegemónicos de una u otra forma condicionan qué y quién será "reconocible" y qué y quién no. Para Butler uno de los temas más importantes es justamente cómo los términos del reconocimiento condicionan y van a determinar quienes van a ser socialmente considerados sujetos y quienes no. Y es justamente en ese planteamiento sobre quién es considerado sujeto y quién no, donde toma fuerza la vinculación entre performatividad y precariedad. (Butler, 2009: 325)

El género, la belleza, la femeneidad, la masculinidad son construcciones que remiten a conceptos culturales, psicológicos, antropológicos y políticos, y aluden a una clasificación subjetiva y social de las personas, podemos pensarlas así desde una perspectiva performativa discursiva.

Los movimientos sociales aluden a la visibilización de esos cuerpos precarios que se ponen de pie y piden un reconocimiento ante la ley y la vida política, para lograr "una vida más vivible". Ese reconocimiento implica necesariamente poner en cuestión las categorías instaladas por las ideas dominantes.

Rita Segato, antropóloga argentina, a partir de sus

trabajos e investigaciones sobre femicidios, enfatiza la lógica del sometimiento y dominación que subyace a los modelos hegemónicos. Enfatiza que reformular esos modelos es crucial y advierte que el feminismo no puede y no debe construir a los hombres como sus enemigos “naturales”. El enemigo es el orden patriarcal establecido, que puede también estar encarnado por mujeres. Si bien son las mujeres quienes vienen pagando el mayor costo con sus propios cuerpos, también el varón carga con ese modelo y Segato convoca a los hombres a deconstruir ese modelo de masculinidad. Convoca a los hombres a que se corran, se desmarquen de ese mandato de masculinidad porque también a ellos los enferma y son víctimas de ese orden corporativo autoritario y cruel que impera en el interior mismo de la propia corporación masculina.

Los colectivos actuales que promueven una política de derechos, ofrecen un contexto social de acompañamiento a muchas mujeres víctimas de abusos o violencias que fueron silenciadas o naturalizadas y este contexto actual es facilitador para animarse a hablar de esos temas. Al mismo tiempo esta política de derechos incluye el derecho a la diversidad de cuerpos, cuestionando entre otros estereotipos, los patrones hegemónicos de belleza, abriendo valores como otros modos de pensarse y autopercebirse.

Estos colectivos son modalidades novedosas de construcción de subjetividad autorizando el discurso del colectivo juvenil como nuevos sujetos políticos a partir de sus experiencias subjetivas.

El espacio analítico en tiempos de marea verde

La pregnancia de modelos hegemónicos paradigmáticos como los que venimos señalando inciden de modos diferentes en cada sujeto ya que cada uno gestiona lo cultural de acuerdo a sus recursos, su vulnerabilidad y su historia.

En una cultura que propicia la acción como lenguaje predominante, obstruyendo procesos elaborativos y de autoafirmación personal; se propicia la acción, las impulsiones y distintas autoagresiones siendo el cuerpo el escenario frecuente.

En este contexto el espacio analítico es un espacio privilegiado para interrogar aquello que resiste a la lógica general. En todos los casos el impacto de lo epocal se anuda a las viscosidades de cada historia individual y a sus marcas pulsionales, libidinales, mandatos superyoicos e identificaciones inconscientes, que habrá que desplegar en cada caso dentro del campo transferencial. El trabajo analítico desarticula las ataduras inconscientes que limitan la libertad y el despliegue del deseo y la sexualidad.

Los colectivos sociales favorecen, al mismo tiempo, una red de alianzas que propicia un pensamiento crítico en contraposición a las actitudes de aislamiento y repliegue. Un espacio social inclusivo, con denuncias, consignas y proyectos que tornan representable el malestar de situaciones que fueron traumáticas, propiciando una actitud crítica de los modelos imperantes y dominantes.

Así como el pañuelo verde es símbolo de libertad y derechos; el espacio analítico es central para liberar los amarres inconscientes que frenan e impiden el disfrute y la construcción de proyectos e ideales propios.

Síntesis de la ponencia presentada en el SIMPOSIO NACIONAL:
“Trastornos de alimentación y género: una lectura psicoanalítica,
antropológica y clínico-nutricional” Organizado por: Capítulo de
Trastornos de la conducta alimentaria y Cultura Contemporánea de
APSA y Sociedad Argentina de Nutrición

XXXIV Congreso Argentino de Psiquiatría APSA

Mar del Plata, Argentina, 2019

Dra. Liliana Mato
Médica Psiquiatra - Psicoanalista